

CERO

Pinturas de Santiago Iturralde - 2005 - Muestra en la Casona de los Olivera

Las pinturas de Santiago Iturralde se van haciendo poco a poco. Se terminan a distintas horas, pero así, a destiempo, se amalgaman. Invaden su taller, se superponen y separan, se conjugan juntas. Porque estos cuadros no se agrupan ni como una serie ni como varias, sino como grupos paralelos inconexos y atrayentes, disonantes y similares. Aparece un paisaje, una cara, un nadador en su trampoline, una casa lejana, una forma abstracta, y casi todo lo posible. A veces un recorte de una revista o de Internet y luego una versión minimizada. Y se hace así difícil escribir un texto para esta muestra dado que son las obras mismas las que lo construyen, las que arman oraciones con líneas de palabras construidas con cuadrados de telas concordando en sus distintos mensajes y cromatismos.

Puede resultar extraño hablar de letras y palabras para describir la obra de un pintor. También puede resultar incorrecto decir que el artista decidió pintar cuadros como si escribiera palabras. Sin embargo, hay mucho de letras y de oraciones en este conjunto de pinturas. Cada cuadro puede leerse solo, como palabra singular, y también puede ser releído dentro de la oración compuesta por el cuadro que le sigue, y el siguiente, y el siguiente y el anterior. Si cada obra corresponde a un lenguaje distinto ya no importa. Lo que sí sirve es que cada palabra siempre difiera de la otra para así unir sus disonancias; porque en lo fragmentado y discontinuo del lenguaje es en donde aparece su ritmo y su lectura. Las pinceladas, las temáticas y los formatos que utiliza Santiago Iturralde son como letras: segmentos fragmentados que se repiten pero que cambian su fórmula día a día para renovarse con el tiempo. Así trabaja la discontinuidad o la variedad, que pasa a ser casi lo mismo. Pero hay un “cero” o un círculo que une a casi todos estos cuadros; a veces es la totalidad de la obra, otras es un punto o una burbuja esperando un diálogo, un signo cromático reavivando la tela.

Para esta exposición Santiago Iturralde decidió trabajar sin tema ni propósito, sin eje temático o formal. Tampoco decidió limitarse a una sola técnica o estilo, no solo porque puede usar varios, sino porque, a mi entender, es más inteligente pensar en la acción misma y explotarla que caer en una virtuosidad esteticista o en la temática novedosa. No es casual que este artista decida comenzar a unir estos cuadros con uno de los más simples y más complejos de los símbolos, inspirado en el cero o el círculo, en la letra “O” o quizás en su sonido. “Decidí comenzar a pintar sin pensar en nada”, me dijo al hablarme de la muestra. Nuevamente el cero explica esta actitud. Cero como inicio y como infinito cuando se revela en la coherencia interna de cada obra gracias a sus capas de trabajo y pensamiento. Porque pensar en nada no es dejar el pensamiento de lado, sino simplemente focalizarlo y aplicarlo.

En tiempos en que tanto ya ha pasado por las artes ya no es importante hablar de estilo ni de forma, tal vez ni siquiera del mensaje de una obra. Importa, creo, la necesidad genuina que aparece como una apuesta en la sinceridad del acto del artista. Importa también su cualidad final para expresarlo, su concepto aunque sea vago, su causa aunque esta sea ilegible. Porque este artista no es solamente un pintor prolífico, sino también uno de esos pintores que saben, que conocen el medio y que juegan con él para alterarlo, domarlo a su antojo y así dejarlo libre en los ojos de la audiencia. Es como si el artista, por fin, se hubiese planteado la simple consigna de hacer y de emplear toda posibilidad a su alcance y en conformidad con su deseo, no por glotonería sino por una simple necesidad de transferencia –dicho de otro modo, por la necesidad de hacer obras como quien hace una ofrenda.

MELINA BERKENWALD